

ción extrasensoria (y otros fenómenos que estudia la parapsicología) nos encontramos con que tenemos los hechos, pero faltan las ideas adecuadas.

Las investigaciones sobre ESP se orientan hoy en distintas direcciones y en procura de diversos objetivos. En la dirección que diríamos psicoanalista, y en lo esencial siguiendo y desarrollando ciertas sugerencias que Freud formuló en un trabajo publicado en 1926, Hollos, Foder, Servadio, Eisenbud, Ehrenwald y otros, investigan la influencia del *proceso primario* sobre las informaciones de ESP, en su acceso al nivel de la conciencia, o su influencia en las relaciones inconscientes del paciente con el terapeuta (transferencia y contratransferencia), o con las demás personas (relaciones interpersonales), etc.

Los psicólogos y antropólogos estudian los procesos de ESP en su relación con los rasgos de la personalidad del sujeto (Stuart, Schmeidler, Nicol, Humphrey), o con sus estados psicológicos (Gardner Murphy, Pratt, M. Price), o con el ambiente y el medio social (De Martino, Lynden y Ronald Rose), etc. Otros (Rhine, Seal, Tyrrell, West, etcétera) procuran ahondar en el conocimiento de sus modos operativos, en especial con respecto a los marcos limitativos del espacio y el tiempo.

Pero los fenómenos de ESP nos confrontan con hechos tan radicalmente contradictorios con los hábitos intelectuales heredados de nuestra tradición científica, que parecen requerir, para su comprensión, algo más que una mera acumulación de hipótesis empíricamente verificables. Sin abandonar el método científico, de razonamiento sistemático a partir de hechos comprobados, lo que parece requerirse es una especie de revolución intelectual, un «nuevo marco», como decía Huxley, de armazón de nuestros conocimientos, a fin de que los nuevos hechos puedan unirse con los anteriores, por medio de «ideas adecuadas». Y esto exigirá, probablemente, el abandono de muchas creencias que hoy se tienen por verdades científicas, y la

elaboración de una nueva concepción quizá no verificable empíricamente pero sí congruente con los nuevos hechos, respecto de la realidad, respecto de la naturaleza profunda de la mente y su lugar en la naturaleza, y respecto de la estructura de la personalidad y de sus relaciones tanto de orden cognoscitivo como causal con el resto del universo.

Algo de esto apunta ya en el horizonte de las concepciones parapsicológicas. Rhine afirma la naturaleza *no-física* de los procesos de ESP, basándose en nuestra imposibilidad de *concebir* en términos de procesos físicos (radiaciones, ondas, corpúsculos, etc.) la peculiar interacción entre las mentes y entre la mente y la materia, que se revela en dichos procesos. Y como la interacción existe, y ello refuta al dualismo y al monadismo, sostiene la necesidad de admitir un modo de realidad no específicamente física ni psíquica, una especie de monismo neutro, a cuyo nivel reaccionarían los procesos que se manifiestan como duales en nuestro mundo perceptivo. Jung y Eisenbud nos proponen el abandono de los criterios explicativos, reductivos, fundados en la *idea* de causa, y que consideramos a los procesos de ESP desde el punto de vista de sus relaciones de significación. H. H. Price, Mundle, Bread y otros, señalan la necesidad de nuevos enfoques epistemológicos. Todo esto tendrá que pasar, naturalmente, por el fino tamiz de una adecuada depuración lógica y semántica. Pero no creo aventurado afirmar que al fin de cuentas ha de quedar como residuo una «nueva manera de ver las cosas», algo así como la revolución intelectual que se produjo cuando se hizo abandono de los modos de pensamiento aristotélico-medieval, sin cuyo requisito no se hubiera podido desarrollar la ciencia clásica, como lo hizo, a partir del siglo XVII.

RICARDO MUSSO.

Algo sobre el problema del indio en la Argentina

La Argentina tiene una honrosa trayectoria en su preocupación por el indio. Recordemos el decreto dictado por el General San Martín al asumir el gobierno interino del Perú, declarando que en el futuro los descendientes de la población autóctona no se llamarían indios o naturales, sino peruanos. La decisión del Libertador, que entonces ya tenía tradición en nuestro país, fué continuamente reiterada dando igualdad jurídica a los indios y al blanco. No obstante lo cual, dicha equivalencia casi nunca llegó a practicarse, en virtud de la innegable inferioridad individual y también colectiva del nativo frente al descendiente de europeos.

Nuestra Constitución sancionada en 1853, atribuye al Congreso Nacional la obligación de «conservar el trato pacífico con indios y promover la conversión de ellos al catolicismo». Si a simple vista este enunciado no parece obedecer a la realidad política, podemos asegurar con conocimiento, que el mismo no sólo fué un enfoque exacto en la época de su sanción sino que además tiene vigencia en nuestros días. Por eso celebramos que la reimplantación de nuestra carta fundamental vuelva a posibilitar una ayuda adecuada al aborigen, que en años anteriores de su vigencia y durante el gobierno de la dictadura, que suprimió de la Constitución la cláusula que comentamos, no tuvo un efectivo cumplimiento. Para ejemplo recordemos aquí lo que ya hemos puntualizado en otro trabajo sobre la despiadada persecución que pobladores «civilizados» efectuaron contra los indios fueguinos para despojarlos de sus tierras e incorporarlas a los latifundios que

aún subsisten, valiéndose de los medios más repudiables como el fomento de la caza del nativo mediante el pago de una libra por par de orejas. Si bien es cierto que esto ocurría en las dos primeras décadas del siglo y desapareció después en el momento que los últimos representantes de los indios mencionados sufrían su agonía y muerte, no es menos cierto que en otras regiones de la República donde subsiste el aborigen, queda aún en pie el problema que plantean las malas condiciones económicas, sociales y de inferioridad cultural en que se encuentran.

De visita por el norte. — Un reciente viaje que hicimos a la zona petrolera de Salta, a invitación de Y.P.F., nos permitió comprobar lo que habíamos visto en estadísticas de la Organización Internacional del Trabajo, y que como buenos porteños nos resistimos a creer. Hacemos referencia al elevado número de indígenas puros que aún quedan en el país, calculado en, aproximadamente, 130.000, distribuidos geográficamente de la siguiente manera:

- a) Región norte (Chaco, Formosa y Chaco salteño) 45.000
- b) Región andina (Jujuy, Salta y valles andinos) 20.000
- c) Región sur (Chubut, Neuquén, Río Negro y Santa Cruz) 45.000
- d) Otras regiones (norte de Santa Fe, Misiones, Corrientes y grupos dispersos en la provincia de Buenos Aires) 20.000

En camino de Salta capital, a Vespucio, donde Y.P.F. tiene su centro de actividades, nos detuvimos en Orán, la segunda ciudad de la provincia, situada al norte del trópico de Capricornio. De ahí nos dirigimos al ingenio San Martín, en Tabacal, para conocer las famosas plantaciones azucareras del señor Robustiano Patrón Costa. Coincidió nuestra llegada con la terminación de la zafra, lo que facilitó nuestras observaciones al permitirnos ver reunidos a

diferentes grupos indígenas dispuestos a marcharse hacia sus comarcas. Dentro de la clasificación hecha anteriormente anotamos la presencia de tobas, maticos, chorotes, chiriguano y churupies de la región norte y collas y quichuas de la región andina, mezclados con indios y mestizos bolivianos.

Al hablar con un funcionario del ingenio, que se quejaba del mal trabajo de los indios, sostuvimos el siguiente diálogo:

—La mano de obra del indio es la más cara del mundo.

—¿A qué se debe entonces, señor, que los ingenios la contraten y que no la reemplacen por la blanca?

—El único ingenio que todavía la utiliza es el nuestro, los demás ya la han suprimido.

—¿Y cuál es el factor que los decide a ustedes a dar trabajo al indio, si les causa un perjuicio económico, como usted señala?

—Simplemente un factor afectivo por respetar la tradición, pero en cuanto supriman la Dirección de Protección al Aborigen, prescindiremos del indio.

Ignoramos si el móvil filantrópico alegado es la causa verdadera de contratación del trabajo aborigen, pero lo que nos causó verdadera alarma es la expectativa que existe por la desaparición del organismo protector del nativo, en cuanto puede ser factor determinante de la supresión de fuentes de trabajo.

Estimamos que los indios no deben quedar desamparados con la disolución de la dirección mencionada y se nos ocurre que la reciente medida de las autoridades de Río Negro al tomar a cargo de ese Estado federal el cuidado de los intereses aborígenes, puede servir de ejemplo a las otras provincias. De esta manera se podrán subsanar las deficiencias del organismo disuelto que carecía de los elementos necesarios para una eficaz función en todos los ámbitos de la República.

Condiciones de trabajo. — La mano de obra indígena, según se nos informó, es contratada mediante emisarios

que se llegan hasta las tribus del Chaco salteño y de las provincias del Chaco y Formosa. Poco tiempo después arriban al ingenio los aborígenes en estado muchas veces lastimoso.

—Estos indios, nada aprenden. Un año se van de aquí bien vestidos y al año siguiente regresan con taparrabos. Cuando vuelven a sus tribus, se olvidan de todo lo aprendido —nos decía un jefe del establecimiento—. El problema no es fácil como podría parecer. No hay que olvidarse de la mente primitiva e infantil de esta gente que vegeta en la miseria económica y en la desidia.

Hemos podido observar cómo al terminar la zafra los aborígenes tienen que abandonar sus casas y se instalan en los alrededores de la estación, donde permanecen varios días esperando la llegada del tren. Viven hacinados, a la intemperie; se lavan en acequias de aguas insalubres, que a veces ingieren. A esto cabe agregar la promiscuidad de los sexos, que dibuja cuadros muy tristes, tales como ver madres de doce años, y otros parecidos o peores, condenados por nuestra moral.

Para aprovechar los pocos pesos que los indios han cobrado en el ingenio, por su trabajo de varios meses, comerciantes de ciudades próximas, instalan ferias, en donde se vende toda clase de mercaderías, bebidas, comidas y hasta se sacan fotografías sobre un fondo de palacio con piletas y cisnes pintados en una tela. Los precios son leoninos. Recuerdo que pregunté el costo de un ponchito de lana, ordinario pero vistoso, pues había visto dos meses antes uno semejante en un stand del Hotel Llao-Llao, en Nahuel Huapí, que se vendía a cuatrocientos pesos. Mi asombro fué grande cuando me informó el vendedor que costaba cuatrocientos cincuenta. De esta manera los indios, que la mayoría de las veces no conocen ni el valor de los billetes, cuando retornan a sus regiones de origen, lo hacen sin un centavo. ¿Cómo no explicarse entonces que esta gente, que se gana el sustento en forma tan primitiva,

que carece de oportunidades para educarse, con escasísimas medidas de asistencia y protección social, y con mala nutrición, vuelva a la selva a practicar el semisalvajismo?

Es frecuente oír del poblador blanco estos reproches:

—El indio no sirve nada más que para embriagarse y coquear. El aguardiente y la chicha —bebida fermentada a base de maíz— son verdaderos placeres de los aborígenes, que sólo se les podrá sacar con una gran educación. Sobre la práctica de masticar coca, o coquear, hemos leído una explicación muy interesante del profesor peruano Gutiérrez Noriega, que reproducimos:

«El motivo por el cual la mayoría de los nativos de los Andes se inician en el uso de la coca, es la necesidad de suprimir el hambre por medio de esta droga. Pero su uso ocasiona, después de algunos años, la pérdida del apetito. El habituado prefiere la droga a los alimentos y gasta gran parte de su salario en aquélla. De esta suerte se establece un verdadero círculo vicioso: se empieza a tomar coca para suprimir el hambre, pero luego el sujeto pierde el apetito, y come poco porque toma coca. La coca actúa como un narcótico respecto al hambre, la sed, la fatiga y el frío».

De nuevo las misiones. — Mientras visitábamos el ingenio, pensamos en varias oportunidades que si alguna solución había para los problemas señalados, ella radicaba en las misiones, que tanto éxito tuvieron en la época de la colonización. Nuestra idea se vió confirmada cuando unos días después recorrimos las misiones que sostienen los padres franciscanos en las cercanías de Tartagal. Los hijos del Santo de Asís tienen instaladas dos misiones. Una de indios chiriguano y otra de matabos. Los «bárbaros chiriguano» son un grupo de la familia guaraní que emigró del Paraguay alrededor del año 1500, superponiéndose en el Chaco salteño con los Chanés. Los que vimos en la misión, adonde viven unas cien familias, son bastante civilizados. Al decir de los padres, sus grandes de-

fectos son el robo y la mentira. Su inteligencia es retentiva —se cuentan casos de memorias prodigiosas— pero carecen del don de razonar. Con nosotros fueron muy amables, pero no se dejaron fotografiar.

Le interrogamos a uno de los misioneros sobre la forma de vida de estos indios:

—Son trabajadores —nos contesta—. Muchos de ellos, obreros destacados de los aserraderos cercanos y de Y.P.F. Mientras que viven aquí, todo va bien, pero cuando se van a trabajar afuera vuelven transformados.

—Nos han dicho, padre, que la celebración del Carnaval alcanza grandes contornos entre los chiriguano —acotamos—.

—En efecto, los días de Carnaval los indios se entregan al alcohol y organizan fiestas que son verdaderas orgías. Nosotros optamos por no meternos, pues nada podríamos hacer —contesta el misionero—. Pasado un tiempo, vienen los indios jóvenes y nos piden que formalicemos la unión sexual que se ha iniciado en el Carnaval. Es muy difícil que se casen antes de los dos meses de convivencia íntima. Ese tiempo lo utilizan de prueba, después cumplen con Dios y con la ley al casarse por la Iglesia y el Civil.

Los indios matabos, igualmente que los Chorotes y los Chulupies, forman una familia lingüística conocida por Matabo - Maccá. Viven en el Chaco salteño y llegan hasta el Pilcomayo. Al llegar hasta sus chocerías comprobamos a simple vista que son menos civilizados que los chiriguano. Todavía pescan con arpones y se dedican con éxito a la artesanía hogareña. Casi todos los periodistas que los visitamos pudimos comprarles fajas, mantitas y otros tejidos.

Según nos refería un padre franciscano, los matabos y los chiriguano se guardan una recíproca antipatía, a la que se une el miedo que estos últimos sienten por aquéllos. Por eso nos extrañó grandemente encontrar una familia chiriguana entre los matabos. Recién se habían instalado

y cuando el misionero les preguntó el porqué de esa mudanza, evadieron la respuesta. A esta rara familia pude adquirirle una vasija de cerámica con todos los caracteres clásicos de la cultura guaraní: decoración bicónica en rojo y blanco, con líneas de este color y negras, con dibujos de ñandúes y mariposas. La influencia andina aparece en las asas, de las que carece la típicamente guaraní.

Los franciscanos en sus misiones se han visto obligados a imponer la ley seca, y así cuando autorizan a un proveedor a establecerse en los límites de la misión, le comprometen antes que nada, a no vender alcohol. El éxito de las reducciones que hemos visitado, radica en la labor de hormiga de los padres franciscanos. Ellos saben perfectamente que el indio no se civiliza porque se le vista bien y se le haga vivir en una buena casa. A la civilización se llega por etapas superatorias. La primera medida de los padres consistió en reunir a los indios en un lugar apartado del pueblo. Después iniciaron la educación por las enseñanzas más elementales.

—Para atraerlos les hacíamos saber que después de la misa del domingo, habría un asado —dice un misionero—.

Hoy podemos atestiguar que los indiecitos saben leer y escribir y, lo que es más importante, tienen su propio nombre, con el que se les anota en el registro civil. Así no se darán más los casos que nos refirieron en el ingenio San Martín, donde los indios se colocan los nombres más extravagantes, cambiándose'los a cada momento. En Y.P.F. nos confirmaron los éxitos de las misiones franciscanas. Ellos utilizan la mano de obra aborígen con muy buen resultado. Nosotros mismos pudimos conocer en Campo Durán un soldador indio, conceptuado como uno de los mejores. Nos han informado que en Formosa hay varias misiones anglicanas para matacos, pero ignoramos sus frutos. La labor de las misiones está un poco paralizada por la falta de misioneros y de medios. Anhelamos que una próxima legislación indigenista contemple la ayuda a estos

colonizadores, como asimismo arbitre los medios para la solución de sus grandes problemas: malas condiciones de vida y de sanidad, educación impropia, tierra escasa.

La creación de reservas indígenas que prevén el crecimiento demográfico, planes crediticios y de diversificación de la economía, progreso técnico para la formación profesional, etc., son medidas aconsejadas por la Oficina Internacional del Trabajo, que en otros países se han aplicado con éxito mientras que en el nuestro se proclamaban planes demagógicos sin ningún intento de realización.

HIPÓLITO SOLARI YRIGOYEN.

Geografía turística argentina

La gran necesidad. — La Argentina, como uno de los grandes países adelantados de América, debe mostrar con amplitud, no solamente a sus habitantes sino también a los extranjeros, sus bellezas panorámicas de todo orden y sus realidades progresistas que le darán definitivamente categoría internacional como centro turístico de esta parte del mundo a poco que sus hombres dirigentes se preocupen de darlas a conocer a través de una propaganda intensa concebida científicamente. Sus fantásticas posibilidades de desarrollo industrial y cultural obligan a dar curso perentorio a este conocimiento de la Argentina. Puede decirse que ésta es la *gran necesidad* de la hora, pues todo conocimiento trae aparejado un estímulo de diverso orden, en este caso fecundo para nosotros, porque con las corrientes turísticas que llegaran también se orientaría al capital internacional que el país necesita para impulsar su engrandecimiento.

Lejos estamos en la actualidad de los libros de viajeros famosos que describieron el mundo que ellos vieron maravillados y nos hicieron soñar —todo sueño implica una traba de orden psicológico— con la imposibilidad de alcanzarlo nosotros. El mundo debe ser nuestro por el conocimiento como lo hicieron los antiguos. La tierra la amará aquel que la conozca en el mejor rostro del paisaje. Volver a entusiasmarnos como seres humanos de la maravilla geográfica, de panoramas nuevos y cambiantes: he ahí la recompensa de la obra a realizar por todos, pueblo y gobierno.

Antonio Pigafetta se constituyó en feliz cronista del «Primer viaje en torno del globo» cuando nos cuenta «que

los antiguos habían conocido la esfericidad de la Tierra y la existencia de los antípodas, que en el tiempo de la ignorancia habían sido considerados, no sólo como un error antifilosófico, sino como una herejía. Los viajeros que, siguiendo las huellas del veneciano Marco Polo, habían recorrido todas las costas del Asia se aseguraron de que la Tierra formaba una curva del Este al Oeste; y los portugueses, que al comienzo del siglo XV visitaron todas las costas de Guinea, añadiendo sus conocimientos a los de los navegantes del norte de Europa, habían demostrado, por la elevación y el descenso de la estrella polar y del Sol, que la Tierra formaba una línea curva del Norte al Sur; que, por consiguiente, tenía figura esférica, y que podía darse la vuelta. Todo ello estaba muy de acuerdo con las observaciones de los astrólogos, quienes, a pesar de proponerse el fin ridículo de adivinar el porvenir, habían hecho, sin embargo, grandes progresos en astronomía. Asimismo había relatos, aunque oscuros y vagos, de algunos marineros que pretendían haber sido transportados a las islas situadas entre Europa y América y aún hasta un nuevo continente, del que, incluso el nombre, todo era todavía desconocido. He aquí las bases sobre las cuales se fundaba la esperanza de llegar, saliendo del estrecho de Gibraltar, inmediatamente a Malucho (así se llamaba entonces a las islas de las Especias, que hoy denominamos Molucas), costearo Africa y singlando en seguida al Oeste, o atravesando el océano Atlántico hacia el Oeste. Había tal persuasión de no encontrar ningún obstáculo en esta última ruta, que los más célebres geógrafos de este tiempo no separaban en sus mapas por ningún continente, sino simplemente por el océano, sembrado de algunas islas, las costas occidentales de Europa y Africa del Asia Oriental».

El conocimiento del mundo se ha ensanchado enormemente después de los acontecimientos que narró el gran cronista de Magallanes al dar la vuelta al mundo por

primera vez y regresar con Elcano al punto de partida: Sanlúcar de Barrameda, después de tres años y catorce días de navegar por mares desconocidos, con sólo 18 hombres de los 239 que componían la expedición.

Como puede apreciarse por lo transcripto precedentemente, las rutas abiertas por los descubridores costaron muchas vidas a la humanidad, pero ellas valieron para que los progresos científicos de todo orden, particularmente, la navegación motorizada, el telégrafo, la aviación, la radiotelefonía, hayan hecho que el mundo sea más conocible y accesible al hombre, a la vez que han preservado su vida de las contingencias azarosas.

El turismo propiamente dicho. — El turismo, cuya institución en el mundo civilizado se concreta como una de las grandes necesidades de la vida moderna, es, acaso, la vía del progreso que menos interés ha suscitado entre nosotros. No se le ha hecho rendir todo el provecho de que es capaz como fuente de distracción y recreo, de trabajo y divisas y como material vivo para ofrecer con ello también a los artistas e intelectuales la posibilidad de su bagaje brillante, cuyo éxtasis contemplativo provoca una turbación creadora enriqueciendo sus excelencias espirituales y sus potencias sentimentales para dar en sus obras la psicología de cada región y el alma de cada terruño. Hablarán por ellos, los cerros, las montañas, los ríos; desde el musgo sedoso hasta los altos plátanos y de la hondonada al pico andino.

Tanto gobierno como pueblo no han encauzado todavía esta actividad científicamente. Su importancia es enorme si se juzga que, países como Italia, Francia y Alemania, equilibraron en buena parte sus economías con los ingresos en divisas provenientes del turismo internacional.

Desde el punto de vista del conocimiento del mundo no hay otra llave tan eficiente como la que se deriva del turismo, sobre todo, si las corrientes de viajeros que le dan vida y constituyen la razón de ser de toda propagan-

da, en este sentido, son orientadas hacia los lugares históricos más conocidos, en estos casos: monumentos, lugares de significación, que fueron en el pasado puntos neurálgicos de hechos trascendentales en la historia.

Mapa turístico. — Es necesario confeccionar un mapa que especifique debidamente cuáles son las zonas de nuestra República adecuadas para el turismo y difundirlo con la amplitud necesaria para que se conozca no sólo en nuestro país sino también, y tal vez con más razón, en el extranjero a través de una intensa distribución de material alusivo por medio de nuestros consulados y representaciones diplomáticas.

En nuestro país este turismo debe ser educacional para nuestras generaciones estudiantiles, organizándoseles viajes a los sitios históricos como: el Congreso de Tucumán; el cerro de la Gloria (Mendoza); la Posta de Yatasto (Salta); las ruinas de San Ignacio (Misiones); la Casa del Acuerdo (San Nicolás); los museos históricos de las provincias, etc., pues lo que entra por los ojos difícilmente se olvida.

La República Argentina, con sus 3.000.000 de kilómetros, aproximadamente, de extensión, tiene todos los climas, todos los accidentes geográficos: montañas, valles y litorales dignos de verse.

Duele comprobar entre nosotros que no conozcamos siquiera las bellezas y riquezas del país. La Patagonia, por ejemplo, puede decirse que permanece inexplorada como región turística, pues Nahuel Huapi, con su frío telón de nieve y sus contornos lacustres, que constituyen el gran Parque Nacional del Sur, no está abierto al turismo propiamente dicho, ya que las personas que visitan esa privilegiada región, no dejan de ser unos pocos que se aventuran hasta ella llevados por su curiosidad, porque generalmente están de paso hacia Chile o desde Chile. La dificultad del transporte, del alojamiento y del cono-

cimiento previo, además de lo oneroso, no les permiten una larga estada.

Zonas turísticas argentinas. — Hasta ahora, nuestras zonas más conocidas hacia donde se orientan todos para realizar su reparador viaje de placer son, en la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires, sus grandes ciudades balnearias, al frente de las cuales está Mar del Plata; Córdoba y sus extensas sierras; el parque nacional del Sur con su gran lago Nahuel Huapí; las cataratas del Iguazú en el límite con Brasil, y el gran Norte Argentino con Tucumán y Salta a la cabeza. Las zonas aún desconocidas y aptas para el turismo son innúmeras y, por lo tanto, no está en el plan de ningún viajero visitarlas, porque falta organización; pero aquel que se aventure solo en automóvil, o en otro medio particular de transporte, las encontrará en cada provincia argentina, en cada lugar de su territorio.

La provincia de Buenos Aires por su posición magnífica cercana a la Capital Federal, usufructúa la mejor parte de la costa atlántica, con ciudades como Mar del Plata, Necochea y Miramar, que le dan primerísima categoría en el desarrollo del turismo, ya que posee una excelente red de carreteras que llevan al viajero no solamente a esas ciudades balnearias, sino a todo lugar pintoresco y digno de visitarse.

Después de la provincia de Buenos Aires con sus balnearios marítimos y el Parque Nacional de Nahuel Huapí con sus lagos y sus deportes de montaña y la pesca, el Norte Argentino constituye digna región turística del país, pasando por las cataratas del Iguazú, que igualmente tienen atracción para el turista, pero en menor grado no obstante su extraordinario espectáculo.

Lerma, el valle milagroso. — Salta, con su exuberancia tropical, sus voces y sus colores, es la zona atrayente para recordar y actualizar la lucha por la Independencia y

comprobar que aún en esta época permanece virgen de toda inmigración extranjera. Soñando al pie del cerro San Bernardo, nos ofrece su incontaminación y su riqueza alta y ancha.

No nos cansaremos de repetir que, como país, la Argentina es fabuloso. No hay más que desplazarse en cualquier dirección de su vasto territorio para tener la prueba de su grandiosidad.

Por propia experiencia consideramos que un viaje a Salta, por ejemplo, ofrece agradables perspectivas para el viajero: al tomar el camino hacia el norte se suceden los cuantiosos pueblos y ciudades y en esa ruta Córdoba nos muestra sus niños serranos ofreciendo en rápidas transacciones, canastos de paja, empanadas, pasteles, alfombrillas y otras manualidades de la artesanía casera; luego en La Rioja, Santiago del Estero, Catamarca, Tucumán y Salta, es curioso ver las improvisadas ferias que se organizan en las paradas del tren. Productos de la región, quesillos, arrope, ricas brevas, apetecibles naranjas y otras frutas que nos llevan los ojos y que saboreamos con deleite, apagando a la vez una sed que se vuelve inquieta por repetir el manjar. Changuitos de ojos vivaces, viejas con miradas de pícaras diablesas y niñas con la gracia morena de sus rostros de bellezas criollas, pregonan su mercancía, mientras el pasaje apura las transacciones estirando manos y brazos a través de las ventanillas abiertas en todo lo largo del convoy.

Con sus más de cien mil hectáreas y sus montañas de increíble belleza, el Valle de Lerma, en la provincia de Salta, a más de 1.600 kilómetros de Buenos Aires y a 1.300 metros sobre el nivel del mar, encierra la potencialidad de sus fértiles tierras labrantías que ya, manos acostumbradas al trabajo fecundo, movieron con su inteligencia emprendedora y su capacidad de acción. Hacía siete meses que no llovía, pero el hermoso valle de las paltas, las chirimoyas y los pomelos, circundado de altos

cerros, mostraba sus praderas verdes, alimentadas por la constante humedad del subsuelo, rico en napas a flor de tierra, y el destilar de sus montañas aledañas que siempre lanzan sus rápidos hilos de agua, fresquísima y cristalina, que bajan desde sus escondidos nacimientos, originando su raigambre de acequias que atraviesa en todas direcciones las fincas sembradas con tabaco, frutales, verduras o forrajes; áreas de pastoreo donde la hacienda padece edénicamente.

Este es el valle milagroso del tabaco Virginia que crece, lozano, en una buena parte de la gran extensión y que las lluvias salvaron ostensiblemente de una probable pérdida, pues la sequía, por el prolongado lapso sin lluvias, se estaba haciendo sentir más de lo debido. El tabaco Virginia, tanto como el «criollo», que también se cultiva en el valle, necesitan la humedad pluvial para que crezcan bien y alcancen altura.

La Arcadia es ésta, con sus alegres casitas de techo de tejas y estilo colonial. El rancho desaparece poco a poco y los barrios nuevos, de construcciones cómodas y modernas, van apareciendo en Salta y Rosario de Lerma para beneficio de la población. El movimiento es lento pero seguro y sin pausa, como la estrella de Goethe, en este firmamento humano de gente hermosa por su ingenua bondad y natural simpatía, que se desplaza, en gran número, mecánicamente, porque quien entra a la ciudad capital de la provincia creará que está en alguna urbe europea por la profusión de bicicletas (hay 16.000 empadronadas en la ciudad) que transitan por sus calles de corte colonial; y también es dable ver, con gran alegría para nuestros ojos femeninos, las Amazonas indias o campesinas, montadas en sus cabalgaduras a la usanza primitiva, que bajan de los cerros, a veces con su crío en un brazo mientras con el otro manipulan las riendas del caballo. Hemos visto con placer estas escenas, sobre todo, en Rosario de Lerma, distante 27 kilómetros de Salta, y

a donde nos dirigimos, de ésta, por una espléndida ruta asfaltada en todo su trayecto, rodeada de álamos Carolina, moras, ceibas, frondosos árboles que la hermosean, a través de la sonriente campiña que —para nuestros ojos de imaginadores— nos retrotrae al recuerdo de paisajes pretéritos, vividos o soñados, de un encanto que nos punza el corazón.

Hacemos la distancia en automóvil, cuyo conductor nos va hablando del valle, su producción, tabaco y ganado. Las estufas para secar el tabaco se ven a lo lejos como otros molinos de viento que, sin duda, don Quijote hubiera confundido con monstruos y que los salteños del valle miran con esperanza, pues —aparte de simbolizar el progreso técnico alcanzado por sus productores en el afán de diversificar la producción creando riqueza— son potenciales fuentes de trabajo seguro.

Una línea de ómnibus une Rosario de Lerma con Salta. En la parada general de esta última ciudad se concentran coches de otras líneas, que van a Chicoana, a Guachipas, etc., pasando los cerros; allí, en esa parada, especie de estación terminal que abarca el centro de la calle sobre un ancho refugio final, se concentra un público diverso entre bártulos de toda clase que el lente del noticiario cinematográfico descubriría en toda su intensidad humana si se propusiese documentarlo. Hombres de trabajo, gauchos que bajan de las fincas con guardamontes y aludos sombreros, callados y ceñudos; indias bolivianas, que abundan en la provincia, con sus varias polleras superpuestas y sus «apacos» donde cargan sus hijos a cuesta, el sombrero de chola típico tocado con llamativas cintas de colores y las «cimbas», trenzas que tanto las caracterizan, de las que penden tres colillas trabajadas con femenina coquetería. Apenas llega a la «estación» un vehículo, se ve asediado por la gente y la «carga», que así puede llamarse a cosas como baúles (algunos, atados con sogas); jaulas con gallinas, atados

de ropas, manojos de varillas, colchones, marmos para puertas, etc.; y lo más bueno es que muchas veces el guarda «debe» dar una manito para cargarlas. Nos preguntamos cómo puede ir todo «eso» en el ómnibus; pero, con el deseo tácito de cada dueño y la voluntad admirable del guarda, cada cosa ocupa el lugar que para nosotros es inverosímil, pero que para ellos —acostumbrados a ese trabajo— es lo más natural del mundo. Es entonces cuando la improvisada estiva empieza en la plataforma del coche para terminar en el techo de éste, con gran satisfacción de un cerdo enjaulado que concluye con sus simpáticos gruñidos de eterno hambriento, una vez acomodado y respirando otro aire más afín con su idiosincrasia porcina. Así arreglan las cosas que llevan para sus casas estas buenas gentes entre las que se entremezclan las chapas de cinc con arbolitos en macetas y la verdura con una camita para el changuito, en tanto con la mirada triste el perro «seguidor» —allí, infaltable compañero del hombre— los sigue incansablemente a pata.

El paisaje es agradable y el recuerdo se pega a nuestro espíritu con un dejo melancólico. Todo se hace natural, no obstante ser nuevo para nosotros este panorama humano y la misma naturaleza policromada con sus secretos siempre infinitos y renovados, que hace que la vida tenga ese hálito que la vincula al misterio más imponderable del suceso vital.

Pensamos que estampas como éstas, que hemos captado viajando y describimos con simpatía, pueden ser admiradas en cualquier momento por los viajeros de todas las latitudes que se avengan a visitar nuestro país. Pero, como decimos, urge la necesidad de que los poderes públicos arbitren los medios para simplificar y acelerar el acceso a todos los lugares que sean atracción para el turista, ya sea creando nueva red caminera, organizando la instalación de hoteles, hosterías y descansos

cómodos y económicos en los lugares adecuados, efectuando al mismo tiempo la propaganda técnica indispensable para que las realizaciones lleguen al conocimiento del público, pues es importantísimo ofrecer al que paga, la comodidad para viajar, para estar y para descansar, porque en definitiva éste será el verdadero fin, y porque el goce de este confort será, también, la mejor propaganda turística argentina.

EMMA FAURA VARELA.

La sonrisa de la Gioconda

Poesía pura es sinónimo de poesía buena, pues la esencia que llamamos poesía se parece a una intensa llama cuyo poder calcina y destruye todo cuanto en un poema quiere hacer valer sus fueros particulares: ideologías, sentimientos, intereses, paisajes, ciencias.

En cambio ¿podrá decirse que pintura pura es sinónimo de pintura buena? Es peligroso generalizar prematuramente. Más aún en tratándose del arte. Al hablar de poesía pura se entiende dejar limpia a la poesía de lo no poético. En ello hay que superar dos posibles malentendidos. El papel, la tinta con que se escribe no es poesía; el autor de poesía pura no entiende, empero, suprimirlos. De igual modo, no está obligado tampoco a suprimir temas, imágenes sensibles, ideas, sentimientos, siempre que éstos estén dominados de tal modo que cumplan una función instrumental, análoga a la de la tinta y el papel. Si los medios y el material que intervienen en la producción de un poema se nos echan encima queriendo valer por sí mismos, la obra carece de vigor estético o es, por lo menos, deficiente y decimos que «no está lograda». Aun el intento de mostrar la naturaleza del material (como en la escultura que deja una parte de la piedra en bruto, o en la arquitectura que deja los sillares sin enlucido ni pulimento) ese acto sirve al valor estético y lo buscado por el artista no es «formalmente» mostrar la materia sino mostrarla *para* realizar un valor estético que trasciende y domina sobre la naturaleza del material sin ocultarlo.

En la poesía impura, el arte tipográfico, los sentimientos, las ideas políticas y todo lo no poético, están muy a flor de piel y ocultan antes que sirven, a la poesía. En la

poesía pura, en cambio, todo es camino, todo es secundario, todo es combustible para que arda la inmaculada poesía.

Vengamos ahora a la pintura. Si bien podemos asegurar que la mejor poesía es aquella que más ceñidamente sea poesía, no estamos seguros de que la mejor pintura sea la que solamente es pintura. Al decir esto tomo el concepto de «pintura pura» de lo que afirman sobre ella los pintores.

Se trata de establecer la esencia de un cuadro: «Antes de ser un caballo de batalla, una mujer desnuda o cualquier anécdota, un cuadro es una superficie plana recubierta de colores, armonizados con cierto orden». ¿Cómo entender ese «antes» en esta conocida cita de Maurice Denis? Puede significar «esencia» o «condición». Muchos son los que ponen en ese elemento puramente formal de un cuadro —colores, armonías geométricas— el principio esencial y todo lo que resta lo consideran accidente desdibujable. Se refiere que Picasso, después de escuchar el elogio de un paisaje pintado con rigor documental, con detallismo minucioso, dijo: «Sí, en este paisaje hay todo eso que usted me dice: hay árboles, hay sol, hay unas colinas en perspectiva, etc., pero lo que no hay es *pintura*». De ahí es fácil deslizarse a una concepción de la *pintura*, según la cual ella es esencialmente lo que resta después de suprimir todo menos el rectángulo revestido de colores. Se considera que la conquista capital de este último medio siglo es la afirmación de «una pintura «puramente plástica» del mismo modo que de una poesía poética y de una música musical, y, aunque estos últimos géneros aparezcan siempre mezclados, de una novela novelesca y de un teatro teatral».

En suma significa la reintegración de cada arte a sí mismo, a su propia *esencia*, a su pureza radical. Mas, para ello, es necesario conocer nítidamente cuál es la esencia de cada arte.

La esencia de un poema es la poesía, pero la esencia de un cuadro no es la «pintura» entendida como lo puramente plástico. Creo que en esto se da un sofisma de falsa generalización o de falsa analogía. También un poema «antes que otra cosa» es una serie de palabras escritas sobre un papel y unos versos; pero ni las palabras por sí ni los versos son poesía. Análogamente, «pintura» en el sentido de color, equilibrio de volúmenes, valores, armonía tonal y composición no es propiamente lo «pictórico», es decir, la esencia de la pintura. Tal esencia trasciende los elementos materiales entre los cuales se hallan todos los nombrados y a los cuales quieren reducir la pintura los no figurativos. Querer limitar la pintura a lo puramente plástico es como querer reducir la poesía al verso. Lo pictórico trasciende también los elementos de contenido, tales como el tema, la anécdota y los fines pedagógicos o morales de un cuadro. Pero no por ello hay que suponer que «lo pictórico», —aquella esencia de los bellos cuadros que los hace apreciables y les da su inconfundible existencia—, sea lo que resta de un cuadro una vez que se ha suprimido *materialmente* la anécdota y el parecido con las cosas reales. Lo «pictórico» es —como la poesía— algo que trasciende a los elementos, sin los cuales, empero, no podría existir.

Como la música no es sólo los acordes y las escalas, como la poesía no es los versos, la pintura no es el color y la figura geométrica. Pero, ¿qué es entonces?

Oigo ya que me responden: «Pintura es armonía, ritmo de colores, planos y figuras». En estética la palabra «armonía» ha sido siempre una escapatoria para evitarse el trabajo de pensar. Satisface plenamente a los pintores pero no a quien con ánimo especulativo trata de aprehender la esencia del arte.

¿No será lo «pictórico» de la pintura —la esencia de un cuadro— lo que es la sonrisa de la Gioconda al cuadro que Leonardo pintó? ¿Habrà algo más distante de colores y formas geométricas, volúmenes y planos? Pero no es la

sonrisa por ella misma, ni el valor está en que Leonardo la haya aprehendido al vuelo y la haya inmovilizado (como piensa el fino crítico Angel Battistessa). Hay allí algo más que una fotografía instantánea y más que una técnica para cazar lo fugitivo. Se agrega algo que late en el seno de eso fugitivo mismo, pues la sonrisa como tal no interesa, ¡hay tantas!

Es un zumo extraño que el artista ha exprimido de la realidad. Lo ha exprimido porque estaba; no lo ha inventado.

Cuando se piensa en esos toques sutilísimos de Rouault y que hallamos también, en cierto modo, en nuestro Victorica, es necesario reconocer que la pintura es ente de esencia muy oculta, sobre la cual sería mejor callar.

Se puede observar que en los grandes cuadros hay siempre como un punto (una punta) en donde se concentra toda la energía: la sonrisa, la comisura de los labios en la Gioconda; el punto en que el dedo del Señor roza el dedo del hombre en el fresco de Miguel Angel; el borde de una jarra en Victorica. En un grabado de un artista norteamericano todo depende del punto en que la figura sostiene, entre el índice y el pulgar, el tallo de una flor.

Pareciera como si todo se dirigiera en las artes plásticas a un levísimo punto en el que la materia toca el espíritu; mejor dicho en el que el espacio se estrecha y, dejando de ser tal, permite ver el *sentido*. Se pasa así de una esfera espacial de puras armonías a una inespacial en la que lo *simple* rige. Todo en la pintura está para conducir a ese punto. Por ejemplo en Rouault la densidad grosera de los empastes está para que sea posible la sutileza de un rasgo luminoso, tan leve, tan pequeño que casi pasa inadvertido, pero sin el cual, el cuadro no hubiera tenido razón de ser.

Un hecho obliga a pensar que esas pinceladas de intensa belleza —en Rouault y Victorica— no pertenecen a la pura esfera del color y del espacio. En verdad son color,

son figuras geométricas. Pero ¿por qué razón si esos elementos plásticos se abstraen de la figura concreta sobre la que han sido puestos cambian totalmente su significado? También el pintor no figurativo crea acordes colorísticos y espaciales, puede encontrar matices, invisibles antes, y aún colocar aquellas aristas irisadas en sus composiciones. Pero el significado de estos recursos es muy diferente en un caso y en el otro. Los toques misteriosos no son ya los mismos si no se sabe *qué es* la figura sobre la cual se ponen: un hombre, una jarra, un pájaro.

El color, la luz y la composición abstraídas de las cosas *representadas*, no son ya el mismo color ni la misma luz ni idéntica composición que cuando estos factores estéticos van unidos a aquellas cosas. Al decir esto, trato de librarme de todo prejuicio figurativo, me ciño a una mera constatación. Constataciones e intuiciones son indispensable fundamento de toda reflexión estética y de cualquier filosofía del arte.

No sin razón se ha distinguido entre arte decorativo y otro tipo de arte que podría llamarse «profundo». La nota que los distingue parece ser la siguiente: el arte profundo está señalando una *esencia*, es decir que exige un elemento metafísico *determinado*, algo que existe, que es. El arte decorativo es el que Kant determina en su *Crítica del Juicio* como aquel que produce el libre juego de la imaginación y el entendimiento. En el arte decorativo, aun cuando se incluyan figuras de cosas reales, falta la referencia a una esencia como término último de la obra de arte.

En Grecia existió la «guarda griega» con su estilo particular y su inconfundible encanto junto a un arte griego de diferente significación y que es el de la estatuaria y el de la pintura. Los críticos que defienden hoy el arte «abstracto» con manifestaciones como Klee o Hartung, arte en el cual no hay referencia a un ser real concreto —como no la hay en la guarda griega— aciertan al afirmar un arte al que sería vano negar belleza, gracia, en-

canto, finura y otras cualidades que se desprenden de los juegos formales. Pero yerran cuando distinguen para excluir. La reacción contra un torpe academicismo ha ido demasiado lejos y ha llevado al crítico al extremo sectario de negar al arte figurativo, actualidad histórica y menospreciarlo como manifestación de rémora y prejuicio. Lo malo de la actitud de algunos defensores del arte abstracto es que tratan de suprimir al otro y monopolizar la plástica.

Un rasgo enfermizo de estos tiempos parece ser el traspaso de fronteras y la mutua usurpación de territorios en el ámbito de la cultura. La ciencia quiere adueñarse de los fueros y el alcance de la filosofía; la filosofía quiere sustituir a la religión; en el orden estético, la música, describiendo, quiere ser literatura o pintura, y dentro del orden literario, los géneros, tan justamente distinguidos otrora, se mezclan y desquician. Ahora el arte decorativo quiere sustituir al arte profundo. El carácter absolutista con que se presenta en pintura el «concretismo» es otra manifestación de ese predominio absorbente. No creo que nadie haya discutido jamás validez al «concretismo» («abstraccionismo» o como se quiera llamar a la pintura que rompe toda referencia a lo real) como simple manifestación estética. Lo que sí se le discute, es su pretensión de sustituir sin residuo a la pintura figurativa. Alguien se pregunta por qué el público no ofrece resistencia a los envases y anuncios decorados con formas abstractas sin referencia alguna al contenido. Si «acepta esa decoración de superficies como tal, que comienza y termina en sí, dice Dora de la Torre, ¿por qué entonces no comprende todavía un cuadro que no traiga referencia alguna?» La respuesta es muy sencilla. No se trata de que el público no comprenda una pintura sin referencia a lo real; lo que no acepta es que una armonía de formas pretenda ocupar el lugar de un cuadro significativo. La pintura que se reduce por principio a juego de tensiones, movimientos, direcciones y tonos, carece de la modestia de resignarse a sus propios

límites y no acepta que se la llame decorativa u ornamental. No acepta subordinación y en esto está su culpa. Quiere sustituir a la pintura profunda sin entregarnos la misma dimensión estética.

El arte es cosa frágil. Factores que parecen exteriores producen un efecto estético decisivo: el título, el tamaño, la ubicación, etc. Una viñeta es bella puesta como al azar al pie de una página; ampliada hasta el tamaño de un cuadro, colgada de la pared, pierde su sencillez y adquiere el carácter de lo monstruoso. El gigante y el enano pueden ser normales en la proporción de sus miembros, pero comparados con un hombre de tamaño natural son grotescos y muestran cierta fealdad. De modo análogo el vicio del «concretismo» es la ignorancia de sus límites.

Reconozcamos a la pintura «no figurativa» belleza, gracia y el mérito de haber conseguido afirmar un estilo inconfundible y propio de este momento histórico. Pero no le permitamos que a causa de la mediocridad eventual de la pintura significativa, se apodere de todo el territorio de la plástica. Hay exigencias del espíritu que la modalidad pictórica que se reduce a formas lúdicas no puede satisfacer por principio. Esas exigencias son actuales y se originan en un irrenunciable derecho que posee el hombre a decir con el arte lo que le preocupa metafísicamente.

El arte que por sistema suprime la referencia a las *substancias* y permanece en los accidentes (direcciones, tensiones, colores y armonías) deja fuera de sí una zona del ser, pues sus recursos no le permiten entrar en ella y transponerla estéticamente.

Como muchos otros conflictos humanos muchas disputas estéticas podrían resolverse mediante la coexistencia en el justo orden, y no por la eliminación despótica de uno de los términos. Para ello es necesario *distinguir*, comprender y aceptar que la variedad y la riqueza del universo no son obstáculos para su armonía ni para la plenitud de cada una de las partes.

MANUEL B. TRIAS.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

LOS SEIS PRIMEROS NOMBRES DE NÚMEROS DEL TURCO Y DEL QUECHUA

Las Notas sobre los seis primeros nombres de números del turco, publicadas en los *Studia Linguistica* suecos, VIII (1954), p. 1-15 dieron lugar, en privado, a interesantes discusiones. Algunos turcólogos han querido entrar hasta en los detalles del problema. Otros se limitaron a consideraciones generales, pero muy importantes. Yo quisiera, en primer lugar, extraer algunas enseñanzas de esta generosa correspondencia, luego adelantar el estudio de fonética comparada comenzado hace un año, dejando para más tarde las cuestiones de morfología.

El alejamiento geográfico de los dominios del turco y del quechua, los azares de una migración partida de un Turkestán y llevada hasta los valles andinos, no podrían ser objeciones preliminares: del sur al norte América ha sido principalmente poblada a partir del Asia, por el estrecho de Bering, y además el tipo «siberiano» de los indios probablemente, más acentuado aún en los mestizos, en el departamento del Cuzco, ha sido a menudo señalado.

No es tampoco materia de objeción el hecho de que no se conozca, entre el estrecho de Bering y los Andes, ningún pueblo que hable una lengua emparentada con el quechua: no sólo el estado de nuestros conocimientos no legitima quizá todavía una negación tan radical, sino que es concebible que si los indios quechuas en migración dejaron grupos detrás de ellos, éstos han sido aniquilados o desnacionalizados por las invasiones que cubrieron en seguida la América del Norte y la América Central.

Las consideraciones de tiempo son más delicadas. Investigaciones recientes han permitido precisar que las primeras huellas del hombre en América datan de alrededor de 20.000 años. Esto es poco desde el punto de vista del prehistoriador, pero es enorme para la medida del lingüista. Si bien fueron

los últimos en llegar a los Andes, los antepasados de los indios quechuas debieron abandonar Asia hace un buen número de milenios. ¿Cómo esperar entonces que se pueda demostrar el parentesco de su lengua y de cualquier lengua asiática? ¿Cómo diez, ocho, seis mil años de evolución no habrían renovado todo, en el hablar, como en la vida económica y social?

Esta objeción es impresionante para los que tienen sobre todo la experiencia de las lenguas indoeuropeas y de sus tan frecuentes, tan amplias metamorfosis; lo es ya menos para los semitizantes. En resumen, no tienen en cuenta la estructura particular de las lenguas consideradas, estructura simple y sólida, que hace que, desde que son conocidas, el turco, desde hace mil años, el quechua desde cuatrocientos, y a pesar de todas las aventuras o las catástrofes vividas por las naciones que las hablan, ni una ni otra se hayan transformado fundamentalmente. Es apenas paradójal decir que en turco, en quechua, no hay "final de palabra", esa zona esencial y frágil responsable de tantos males en las lenguas indoeuropeas; una palabra turca, una palabra quechua, es un edificio bien segmentado y casi indefiniblemente extensible, hecho con una base semántica invariable y con un número a menudo imponente de sufijos igualmente invariables, que conservan su personalidad y su valor propio en la conciencia de los sujetos hablantes, y que no es casi ninguno, por destinación, el último. "Las bases mismas son de estructura fonética simple; normalmente no tienen más que una o dos sílabas, excluyen todo grupo de consonantes al comienzo y no admiten más que muy pocas en el interior. El acento, o bien es poco sensible (en turco), o bien (en quechua) no sirve más que para anunciar mecánicamente, sobre el penúltimo elemento, el final del complejo "base sufijos". El resultado es que se producen numerosos cambios en la articulación de los fonemas, y de las substituciones de "morfemas", pero no esos hundi-mientos y esos aplastamientos que destruyen en otras partes los equilibrios tradicionales. Tales lenguas deben poder guardar su figura, el volumen y la forma de sus palabras (bases y complejas), su manera de expresar las relaciones, durante los milenios que inquietan a algunos.

Pero, en el terreno así allanado, aparece una nueva dificultad, considerable o ilusoria, según la solución que se dé a otro problema: el de las relaciones que sostiene el turco con el mogol y el tunguso, a lo que se unió ya antiguamente el uralo, recientemente el youkaguir, el coreano y aún el japonés.

Los turcólogos están divididos: para unos, las concordancias que se notan entre esos grupos de lenguas son tales que imponen la idea de una filiación a partir de un antepasado común: el altaico; otros creen préstamos recíprocos numerosos y frecuentes explican suficientemente esas mismas concordancias, que por otra parte, precisas entre el turco y el mogol, son más vagas entre el turco y las otras lenguas consideradas; que, numerosas en el vocabulario, son más esporádicas o menos netas en la morfología; que sobre todo se acompañan, se compensan por ciertas discordancias y ciertas lagunas que asombran si se trata de formas tomadas en el curso de la historia por una misma lengua. Los partidarios del "altaico común" hacen naturalmente a mis *Remarques* la objeción de que acercan el quechua con una sola de las lenguas del grupo, el turco, y no tienen suficientemente en cuenta el mogol, el tunguso, etc. Sin pretender intervenir en un viejo debate de familia, presentaré algunas observaciones.

El hecho nuevo aportado por las *Remarques* es la analogía sorprendente de los seis primeros nombres de los números del quechua con los del turco. No he querido dar otro título a un artículo cuyas perspectivas se extendían, sin embargo, más lejos: esos nombres de números son, continúan siendo la pieza esencial de la demostración.

Ahora bien, se sabe que, salvo para "cuatro", no hay ninguna semejanza entre los nombres de números del turco y los de las otras lenguas altaicas. Ante ese balance negativo, o bien los altaizantes, con esfuerzos evidentemente artificiales han tratado de descubrir semejanzas donde no las hay, o bien se han resignado, reduciendo a casi nada la importancia de la comprobación concluyendo simplemente que, en los tiempos de la lengua altaica común, la numeración no estaba aún fijada y que, más tarde, independientemente, cada una de las lenguas herederas se compuso un repertorio de nombres de números en el cuadro decimal.

No se discutirá —aunque los casos seguros no sean muy frecuentes— que dos lenguas puedan ser parientes cercanas, es decir presentar entre ellas muchas concordancias heredadas, y sin embargo, divergir completamente en la serie de los números. Mas es preciso considerar de inmediato el problema inverso: cuando dos lenguas geográficamente bien separadas, entre las cuales, en la época histórica y en la prehistoria reciente no ha sido posible ninguna comunicación que permitiera el préstamo de elementos, concuerdan en una parte consi-

derable y continua de la lista de los diez primeros nombres de números, no hay otra explicación que la de una herencia común: el problema ya no pertenece a la lingüística sino al cálculo de las probabilidades. No pretendo por cierto conferir a los nombres de números en cuanto al sentido una importancia, particular, "básica" como se dice hoy, en el léxico de una lengua; pero dado que constituyen forzosamente un conjunto de términos homogéneos, con formas bien fijadas, con valores bien demarcados y un orden estricto, la refabricación independiente en dos lenguas de una serie de 5 ó 6 de entre ellas supondría, en cuanto a los sonidos, una acumulación de "buenas" casualidades completamente improbables en el sentido matemático de la palabra. Y precisamente la concordancia en los seis primeros números que se comprueba entre el quechua y el turco, con la circunstancia suplementaria de que las estructuras de las dos lenguas son igualmente coincidentes hasta en pequeños detalles, como lo recordé después de B. Ferrario como preámbulo a las Remarques.

En esas condiciones, los turcólogos que se inclinan por el parentesco altaico tienen la elección, pienso, entre dos hipótesis: o bien agregarán el quechua como un nuevo término, al grupo altaico. Pero admitiendo que, por razones desconocidas, turco y quechua han conservado los seis primeros términos de una numeración decimal ya "Altaica común", que el mogol, el tunguso, etc., han abandonado, admitiendo también, paralelamente, que, en la morfología el turco y el quechua presentan analogías de las que no participan el mogol, el tunguso, etc., o bien de una manera que se puede definir en pocas palabras, flexibilizarán la idea que se han hecho del altaico.

Turcos, mogoles, tungusos (no menciono más que los principales participantes), en los últimos milenios, y sin duda sus antepasados cuando esas sociedades eran más móviles aún, han chocado, se han asociado, separado, reencontrado muchas veces en las llanuras asiáticas. Para dar a esas reflexiones su alcance más amplio, vayamos más lejos sin duda de lo necesario: supongamos que sus lenguas tienen orígenes completamente diferentes, troncos genéricamente distintos. Sometidas iterativamente a esas nivelaciones y a esas penetraciones, debían formar tarde o temprano, formaron y probablemente volvieron a formar varias veces el equivalente de una familia, poniendo en común sobre todo muchos elementos de vocabulario y cierto número de morfemas. En las palabras así tomadas de una y otra parte, se realizaban muy pronto evo-

luciones fonéticas siguiendo las leyes regulares, de manera que, en esta perspectiva es legítimo y apropiado hablar por ejemplo de los tratamientos turco, mogol, tunguso de "altaico".

Pero cada uno de los pueblos así removidos, así llevados a una "familia resultante", puede "también" haber tenido, tener aún, muy lejos en el mundo, un pariente más antiguo, un "pariente genético", que se haya separado de él en el tiempo de las migraciones amplias y rápidas, ante de los primeros encuentros turco-mogol-tungusos, y que conserve en común con él menos vocabulario, pero más morfemas, y esta nomenclatura particular, renovable por cierto, pero en la mayor parte de los casos conocidos tan vivaz: los nombres de los números. El quechua de los Andes es, para el turco, ese "pariente genético" precozmente separado, y su intervención en el debate prueba que el turco, como sin duda las otras lenguas "devenidas altaicas", tenía, desde tiempos muy antiguos su numeración bien constituida; esta numeración, estas numeraciones diversas resistieron en todas partes y hasta el presente a las remociones siberianas y la resultante altaica no tuvo jamás numeración, mientras que cada una de sus componentes, antes de su encuentro, ya tenía la propia.

No teniendo calificación para elegir entre estas soluciones, no puedo sino declarar a los que manifestaron una preferencia por la segunda, que parece permitir la coexistencia armónica de una parte de las correspondencias antiguamente reconocidas y de una parte de las correspondencias recientemente propuestas, y, por consecuencia, la colaboración de los dos órdenes de estudio que a ella se aplican.

El hecho de la correspondencia de los nombres de números se basta a sí mismo: si no se tuviera más que a él, basado en la identidad de las estructuras y confirmado por la semejanza de los sufijos personales, la hipótesis de un parentesco original se impondría. Antoine Meillet autorizadamente decía que, si no se sabía nada de la historia de estas lenguas, se podría aun hoy obtener en la lista de los nombres de números y de los pronombres personales la prueba de que el galés, el italiano, el polonés, etc., derivan del mismo hablar prehistórico.

Sin embargo, la correspondencia de los nombres de números permite en general al comparatista ir un poco más lejos. Ellos sugieren inmediatamente ecuaciones fonéticas en las que no se hubiera pensado sin ellos y que deben tener valor fuera de ellos: porque en armenio, lengua indoeuropea, se dice

erku por "dos", se ha supuesto por hipótesis de trabajo, luego verificado en casos homólogos plausibles, que rk es en armenio el tratamiento normal de du indoeuropeo, grupo fonético por otra parte bien establecido en el número "dos". En cuanto al quechua y al turco, a falta de un tercer testigo y de una gramática comparada ya constituida, esta ventaja de la serie numeral actúa por ciento de otra manera, pero aún con eficacia: en las páginas 6-10 de las Remarques, y en la segunda parte de la presente exposición, "ensayé" las ecuaciones fonéticas que los seis primeros números sugieren sobre otros elementos del vocabulario y obtuve resultados de los que cierto número son con seguridad plausibles. Sería interesante ver esos dos primeros balances, que fueron hechos voluntariamente generosos, depurados y mejorados por turcólogos, los únicos capaces de apreciar completamente los datos. Pero es menester repetir que ése es un segundo problema, si no secundario: todas las correspondencias de vocabulario sucumbirían ante la crítica, las de la serie numeral no subsistirían tampoco, con sus consecuencias; de todas maneras, por otra parte, serán siempre las más claras y las más seguras, como el armenio erku sigue siendo el mejor de los cinco ejemplos, penosamente descubiertos en medio siglo, del tratamiento rk de indoeuropeo du.

GEORGES DUMÉZIL.

Extracto y traducción de Nélida Miramón Pourtalé.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ Y EL FOLKLORE RIOJANO

No se puede hablar de tema folklórico o costumbrista riojano, sin referirse a un hijo dilecto de esta provincia, el que nutriéndose en la savia popular del robusto árbol de la tradición de su pueblo natal, nos ha dejado el más hermoso libro que se haya escrito en inspiración folklórica argentina, al punto que sus páginas, aún hoy en día, nos hacen aspirar el aromático perfume que exhalan esos verdes oasis quebrados de sus cerros y nos trae el sonido de dulces trinos de zorzales y calandrias, salpicados con los cantos de sus bardos montañeses: me refiero a Joaquín V. González y a su clásica obra *Mis Montañas*.

González, consagrado a la labor universitaria y política, dedicó la mayor parte de su producción bibliográfica a temas jurídicos y pedagógicos, pero este estadista notable buscó los momentos de más íntimo recogimiento, para consagrarse a producir páginas literarias en las cuales el tema tradicional lo hacía retornar al terruño; es así que en 1888, aparece su libro *La tradición nacional*, en donde expone con profundo conocimiento a la consideración pública, las raíces por las que se nutre ese árbol de la tradición; luego, en 1893 sale su magistral *Mis Montañas* a las que siguen el extenso prólogo al libro de Martiriano Leguizamón *Recuerdos de la Tierra*, escrito en 1896; edita más tarde una serie de producciones en las que la cuerda vernacular lleva el canto de la salmodia o de la sinfonía; así sus *Fábulas nativas*, *El centinela de los Andes* y *Música y danzas nativas*.

De esas *Fábulas nativas* en donde se aprecia el elegante vuelo lírico del soñador riojano, es este fragmento de su composición "El asno y la cigarra":

Y ella entre tanto los secretos guarda
del alma de la tierra, y de sus nupcias
gloriosas con el sol, el himno sacro
en millares de voces multiplica.
Este es un gran misterio de la raza,
y en el mundo animal santo respeto
se tributa doquier: cuando el Coyoyo
su encierro deja y de su canto inicia
la anua estación, la tierra generosa
de su maternidad el fruto ofrece.
En los cálidos bosques, peregrinos
los clanes, tribus, pueblos y familias,
plantan sus tiendas nómades, cosechan
la dorada algarroba, en altas pirhuas
se guarda, y luego en deliciosa aloja
o en dulces panes de patay, se liba
de Pacha Mama el culto sacrosanto,
del amor creador —¿sabes poeta?—
al son de yaravís y vidalitas
alegre, triste, como el dios lo quiere...
Y en mucho tiempo el tamboril no calla.

El maestro de la literatura argentina Ricardo Rojas en su libro *Las Provincias*, al referirse a la Rioja comienza así: "Esta provincia tiene una Biblia: el libro *Mis Montañas*, de

Joaquín V. González". Y en verdad que es Biblia no sólo porque es libro de fe en el terruño y en sus gentes, sino porque es historia de su pueblo, con sus costumbres ancestrales, sus luchas, su vida diaria, sus prohombres, sus Dioses, sus flores, sus pájaros y sus montes.

Me permito aconsejar que se lea o relea este inspirado libro de González y se realizará por mano de exquisito cicerone un provechoso viaje por La Rioja, deleitándose en sus imponentes bellezas naturales, vibrando junto con sus campesinos en las más auténticas costumbres de la tierra, vinculadas al trabajo o al esparcimiento.

Mis Montañas es un libro de folklore, aparecido cuando esta ciencia aún no había adoptado en América el rigorismo que la jerarquiza. Escrito cuando el folklore aún no había tomado cuerpo como disciplina científica, es no obstante un libro folklórico. Hoy en día el estudioso y el curioso en indagar la vida tradicional del pueblo riojano, no puede dejar de leerlo.

Allí se pintan los más típicos cuadros de la naturaleza y de la vida tradicional de la región. Su capítulo primero, "Cuadros de la montaña", nos habla de la imponente belleza de sus cerros, su flora y su fauna. Al cóndor y a la flor del aire, sus dos elementos naturales característicos les dedica sendos capítulos. Así dice de ellos: "La naturaleza tiene siempre consigo, formando parte de su ser, un signo visible que la personifica, ya sea el hombre autóctono nacido de la piedra, ya un pájaro que ostenta su rigor y su fuerza, ya una flor que guarda su perfume. Las montañas de mi tierra —Los Andes— tienen el cóndor, el morador amante de las alturas, el ave inmortal, que por los secretos de su vida y lo inconocible de sus hábitos domésticos, parece un símbolo indescifrable de la muda pero grandiosa historia de los montes americanos".

Finaliza su libro con la dedicación a la flor del aire y dice: "Antes de abandonar el terruño nativo, quiero hablar de la flor del aire, el adorno y el orgullo de mis montañas, como quien buscarse embriagar el alma en el momento de la partida, con un perfume favorito que mantuviese durante la ausencia vivos recuerdos".

Las más características fiestas tradicionales, religiosas y paganas, están descritas en este hermoso libro; los que las conocemos y las hemos vivido, nunca las hemos visto narradas con tanta belleza como acierto.

El famoso "encuentro" del 31 de diciembre en que toda La Rioja se vuelca en la plaza acompañando a su santo patrono, San Nicolás de Bari y al Niño Alcalde (El Niño Dios personificado en alcalde colonial y vestido como tal).

La "Chaya" o Carnaval, con su despliegue de preparativos y aderezos, sus cánticos y bailes característicos. Las cosechas y las trillas con sus labores tradicionales y sus festos de rematé.

Los capítulos intitolados: "Costumbres campesinas" y "La vidalita montañesa" son otros cuadros de costumbres de agudas observaciones y de una gran profundidad y belleza en la expresión.

Fuera de este aspecto folklórico el libro posee sentidas reminiscencias infantiles y juveniles de su autor, que están llenas de interés porque dan a conocer lo que era la vida íntima y escolar de las antiguas familias provincianas de donde salieron tantos hombres que ilustraron al país con su acción de estadistas y educadores.

JULIÁN CÁCERES FREYRE.

CONSIDERACIONES SOBRE LO LÍRICO Y LO ÉPICO EN SUS POSIBILIDADES PEDAGÓGICAS

La literatura preceptiva distingue, con razón, formas poéticas de diversa factura, de distinto aliento, penetradas por un anhelo o fin personal o por un designio que está fuera de los lindes de una única alma. Creo que no es vano el intento de definir de esta manera lo lírico y lo épico. Cuando Milton, con verbo inolvidable cantó la soberbia de Satanás y el origen del pecado, escribió un poema épico. No una épica histórica sino eterna. Aquel soneto de este mismo autor en el que cavila sobre las obligaciones del ciego hacia el mundo y hacia Dios, que ofrece una solución bella, más personal, es lírica porque se repliega sobre su alma.

No es difícil distinguir estas dos formas de lo poético: la personal o lírica, y la plural o épica. Pero es verdad que estos comportamientos son generales y no excluyentes; casos hay, y muchos, en que ambas formas se unen en inextricable trama.

Lo lírico es privado y singular, íntimo al poeta y a veces sólo comprensible por él. Esta poesía se adentra en los abismos

de una conciencia, en los laberintos de un alma. Cuántas veces el poeta crea símbolos cuyo valor hay que descubrir, y otras ocurre, y muchos poetas lo han confesado, que ciertas imágenes cobran un valor y una belleza que ni ellos mismos habían soñado.

Frente a esta poesía que llega en algunos casos a ser irracional, como en los surrealistas, o a ser oscuramente personal, la posibilidad pedagógica es muy limitada. Cuando Arturo Rimbaud escribió, o mejor dicho, describió su sensibilidad frente a las experiencias físicas y espirituales del vicio, puso en musicales versos, su ser. Cuando Yeats narró sus experiencias de teósofo en apretada conjunción de imágenes y símbolos, nos habló de su escondida vida. Cuántos poetas modernos han necesitado excluir la sintaxis, con el ansia de crear un instrumento poético más eficaz que el mero juicio lógico. Y este principio estético fué exaltado por Joyce.

Nos encontramos ya en los lindes de las posibilidades transmisibles de la poesía porque los instrumentos clásicos de la expresión son inútiles o al menos insuficientes para transportar las experiencias espirituales, imágenes, vivencias, etc., del alma del poeta. Y si ya el instrumento es imperfecto, ¿qué diremos de asegurar su aprehensión intuitiva?

El poeta, para ser comprendido y sentido, debe hallar un eco espiritual en el lector. Esta disimulada hermandad es quizás el único principio incommovible de una valoración. Y bien, si es cierto que llegaremos a penetrar un poema, en función de nuestras cualidades personales, de nuestras vivencias, cultura, ¿cómo podemos aventurarnos a dar algunas leyes que rijan ese comportamiento psicológico? ¿Cómo podemos considerar la posibilidad de que la poesía sea tratada, frente a los educandos, como una ciencia?

Nadie ha conseguido todavía definir con eficacia qué es poesía. Yo creo que tal imposibilidad surge de su carácter suprarrazional. Lo que se comporta lógicamente, puede ser definido; lo que no es lógico no puede ser asido racionalmente.

Benedetto Croce, que vió el problema, que vió la imposibilidad de definir la poesía por sí sola, lo hizo con la ayuda del lector o receptor. Generalizando a todas las artes dijo: "el arte es una intuición". O sea, la poesía es una intuición. Definir un ser no por lo que es, sino por quien lo ve, lo toca, lo siente, es caer en un idealismo subjetivo similar al de Berkeley o Schopenhauer. Absurdo, si se lo refiere al mundo de

la realidad, pero muy útil cuando se lo confina al dominio del arte. Y bien, las intuiciones son íntimas y personales y son único dominio del sujeto.

¿Cómo puede el educador guiar discursivamente la intuición ciega e instintiva del educando? Porque el problema no está en decir este pasaje es bello, aquella imagen también, esa metáfora está conseguida; el problema está en hacer que nazca en el alma del educando la inefable intuición de lo bello, y hacerle sentir la inenarrable felicidad de poseer, por un momento, el arrobamiento de lo poético. Cito aquí dos poemas de Jorge Guillén, delicadas filigranas de un espíritu sutil:

LAS MÁQUINAS

Tanta armonía a punto de vibrar
Tiembla. ¡Qué encrucijada de crujidos!
Fragor. Y se derrumba en un escándalo
De máquinas, sin transición monótonas.
Se deslizan los émbolos. Son suaves
Y resbalan. Exactos, casi estúpidos,
Los émbolos se obstinan. Quieren, quieren
Con ansia tal que llega a ser aliento.
Hay un latido de animal. Se excita
La exactitud. ¡Exactitud ya tierna!

¿Cómo explicar a alguien este poema? O se siente, se intuye o es negado. Un tema tan extraño como una máquina cobra vida poética a través de la imaginación de este creador, pero si tratamos de explicarlo o de parafrasearlo, le negaremos todo encanto y posiblemente caeremos en lo ridículo. El poema vive también por su precisión. Tomemos otro:

LOS JARDINES

Tiempo en profundidad: está en jardines.
Mira cómo se posa. Ya se ahonda.
Ya es tuyo su interior. ¡Qué transparencia
De muchas tardes, para siempre juntas!
Sí, tu niñez, ya fábula de fuentes.

He aquí otro poema que debe sentirse como una totalidad. De muy poco valdrían las explicaciones. Hay que tener sensibilidad y, en este caso en particular, haber dejado con tristeza aquella época feliz de la infancia.

Planteado así el problema, en términos absolutos, quiero expresar mi opinión personal acerca de las posibilidades de transmisión del hecho poético al educando.

Hemos dicho que los elementos con que nos movemos en lo lírico son intuitivos. Luego deben aprehenderse por una vía intuitiva. Porque, en efecto, se puede describir ante los alumnos nuestra reacción personal, singular e íntima ante el poema, pero esto, de ninguna manera creará en el alma del alumno mi vivencia o algo similar a ella. El alumno puede preguntarse extrañado por qué el poema considerado me sugiere esto y no aquello. Y hay algo más. No sé si podré describir el gozo o la razón de ese gozo poético. Esto es también, la mayoría de las veces, incomunicable.

Ante esta conclusión de tipo negativo frente a la poesía lírica, se puede pensar que postulo la inutilidad de la Literatura Preceptiva, de la Historia de la Literatura, etc. En realidad no opino tal cosa. Esas materias enriquecerán el alma del educando y su acervo cultural; pero no creo de manera alguna que el saber si un verso es endecasílabo o alejandrino ayude al alumno a concebir su propia imagen de lo bello, y con ello, a crear su gusto literario.

Cabe hacer notar aquí que aquellos intentos de introducir al educando en la poesía por medio de análisis lógicos y gramaticales, como por ejercicios ortográficos de párrafos poéticos, lejos de crear en el alumno gusto por este arte, crea en él una idea que muy a menudo se asocia con lo desagradable. Creo que conviene citar aquí algunas exactas palabras de Lombardo Radice: "... unir en el alma del alumno la bella poesía dictada como ejercicio de ortografía, con la desagradable impresión de la calificación obtenida por los muchos errores ortográficos, es uno de tantos medios (¡Y no obstante, la escuela inventa tantos!) para suscitar despegue a la poesía, cuando debiera quedar en el alma, como una cosa pura, libre de todo recuerdo de aburrimiento escolar".

Frente a la poesía épica creo que debe existir otra actitud. Sus contenidos y su forma de manifestación son esencialmente discursivos. La poesía épica, además de su condición de pluralidad que hemos señalado al comienzo, posee como nota destacable su comportamiento lógico. Los materiales no están en la interioridad de un alma, sino que son exteriores a ésta, y a menudo, comunes a toda una sociedad. Se sabe que Homero, en sus maravillosos cantos épicos utilizó viejas leyendas de su tierra. Podemos decir, sin aspirar a crear una fórmula, que la poesía épica tiene un origen exterior a su creador, y que él, ya se comporta lógicamente al tratar su materia poética.

Los grandes temas épicos, que conmueven desde siglos al hombre de una y otra época, tienen en su arquitectura un argumento que les da unidad. Los capítulos están articulados según un acontecer cronológico y lógico. Hay, evidentemente, un acontecer. Se cantan luchas, hazañas, hechos inauditos, y cuando se penetra en el alma del héroe, quien entra en ella es habitante del mundo y viene desde afuera. No hay introspección. ¡Cuán opuesto es esto al comportamiento de lo lírico! Mientras lo épico canta hechos exteriores al alma del poeta, lo lírico se adentra en su interioridad.

Pues bien, el poeta utiliza los materiales que posee y no es su afán transportar sus intuiciones, sino decir los hechos de un héroe.

El anónimo poeta del *Mío Cid* exaltó las cualidades de Ruy Díaz, su audacia, lealtad, serenidad en el dolor, su mesura en el gozo. Otros héroes se exaltaron en la *Canción de Rolando* y en los *Nibelungos*.

En cada pueblo hay una imagen del héroe que se plasma en la épica. Y los griegos, penetrados por su mitología opulenta, cantaron en su gesta las grandezas y miserias de sus dioses.

Hay otra cualidad que me parece esencial en la épica: tiene siempre, o casi siempre, una intención algo moralizadora. Se venera lo justo, se castiga lo injusto. Hay, entonces, un valor que no juega en lo lírico.

Con estas características que he señalado en la poesía épica, creo que podemos comenzar a considerar sus posibilidades pedagógicas.

En primer lugar, siendo el comportamiento de lo épico discursivo, puede transmitirse, explicarse. Es cierto también que el fondo espiritual del educando tendrá gran importancia, pero no creo que llegue nunca a tener la significación que posee al considerar lo lírico. El educador puede, con claridad, destacar las cualidades del héroe, señalar los recursos técnicos del poeta, comparar el sentido poético de uno y otro pueblo. El educando no necesita intuir, necesita comprender. No niego que habrá, en función de las cualidades de sensibilidad de cada alumno, una gradación en la penetración del poema; pero, en sus rasgos esenciales, a nadie le será negado.

Por otra parte, según ya lo destacamos, se exaltan virtudes en el héroe, que pueden ayudar a conformar en el alma del educando su imagen de lo bueno y lo deseable. Es decir, que puede tener además de su valor estético, una finalidad formativa; y sobre todo, como esta poesía está desprovista de

esa génesis mágica de lo lírico, está siempre dentro del control del educador.

Tomemos, a manera de ejemplo, este breve pasaje del *Mio Cid*:

¡Loado sea el Creador y Padre Espiritual!

Los bienes que yo poseo todos ahí delante están,
con afán gané a Valencia, la tengo por heredad,
como no sea por muerte, no la puedo yo dejar.

A Dios y a Santa María gracias les tengo que dar
porque a mi mujer e hijas conmigo las tengo acá.
La suerte viene a buscarme del otro lado del mar,
tendré que vestir las armas, que no lo puedo dejar,
y mi mujer y mis hijas ahora me verán luchar.

Verán en tierras extrañas lo difícil que es estar,
harto verán por sus ojos cómo hay que ganar el pan.

A su mujer y a sus hijas al alcázar súbelas.

"Por Dios Mio Cid, ¿Qué es ese campamento que allí está?"

"Jimena, mujer honrada, que eso no os debe pesar,
para nosotros riqueza maravillosa será.

Apenas llegada y ya regalos os quieren dar,
para casar a las hijas os traen el ajuar".

"Gracias os doy Mio Cid, y al Padre Espiritual".

"Mujer, en este palacio y en esta torre quedad:
no sintáis ningún pavor porque me veáis luchar,
que Dios y Santa María favorecerme querrán
y el corazón se me crece, porque estáis aquí detrás.

Con la ayuda del Señor la batalla he de ganar".

Los contenidos de este trozo son obvios. No puede haber dificultad alguna en su intelección. Cuando desde el alcázar el Cid y Doña Jimena contemplan el campamento de los moros que se aprestan a la lucha, muestra el Cid su resolución de vencer para conservar los bienes que ha logrado con tantos afanes. Luego manifiesta su alegría, típica del ideal caballeresco de la vida, porque sus hijas y su mujer lo verán guerrear y asistirán a la lucha desde el palacio. Hay cierta petulancia o burla hacia sus enemigos de quienes piensa hacer fácil botín. Esta poesía se lee y se asimila como prosa. Por eso alguien ha opinado, no sin razón, que en la épica está el germen de la novela.

Así considerada la poesía, ésta no tiene, con respecto a la pedagogía, otro valor que su carácter formativo. Agudizará en el educando su capacidad perceptiva, su sentido de autonomía en la valoración de los objetos, y esencialmente, lo facultará

a penetrar en su propio mundo de lo bello y en este orden infinito que es el arte.

Quien pueda emocionarse con un poema, será capaz de sentir con más plenitud la alegría, el amor o el dolor, y eso es, evidentemente, enriquecer la vida.

ENRIQUE E. CARACCILO TREJO.

NECTARINIA DE LARGA COLA BRONCEADA

La curiosa salvia y el Leonotis, tan comunes en todas las laderas de los campos de arbustos, que bordean los montes, y en las tierras abandonadas, son una gran atracción para los pájaros del sol o nectarinias de todas las especies, y dondequiera que ellos se encuentren es común ver su larga cola bronceada. Ésta, que es lo más común del grupo de pájaros del sol o nectarinias con largas plumas centrales en la cola, es particularmente común en la Kenya Highlands. Esta especie es muy belicosa y pendenciera, intolerante con su propia especie y apenas menos amistosa con otras especies. Observe a un macho en un bosquecillo de Leonotis cazando un pájaro aquí, otro allí y perdiendo mucho tiempo que podría ser empleado en alimentarse. Aunque la profundidad de las flores sea extensiva, no hace diferencia alguna; ubica un rival en el extremo y lo persigue. Mientras vuela detrás del intruso, gorjea fuertemente "chee-wit-chee-chee-wit-wit", y habiendo alejado el enemigo, se posa sobre una alta rama y llama más fuerte, balanceando su cuerpo de un lado al otro y desplegando espasmódicamente su cola. Cuando cree que es dueño del bosquecillo vuela hacia una rama, posándose justamente debajo de una espiral de florecillas y elevando su cuerpo hacia el tallo, hunde su pico profundamente dentro de la base de la flor y sorbe el néctar. Luego se dirige a la más próxima en la serie y así alrededor de toda la espiral, sorbiendo solamente aquellas flores que están maduras. Esta punción basal se usa para las flores largas tubulares; las cortas las sorbe por el frente. La orquídea es una de las flores exóticas preferidas y muchas de ellas quedan dañadas por esta punción basal.

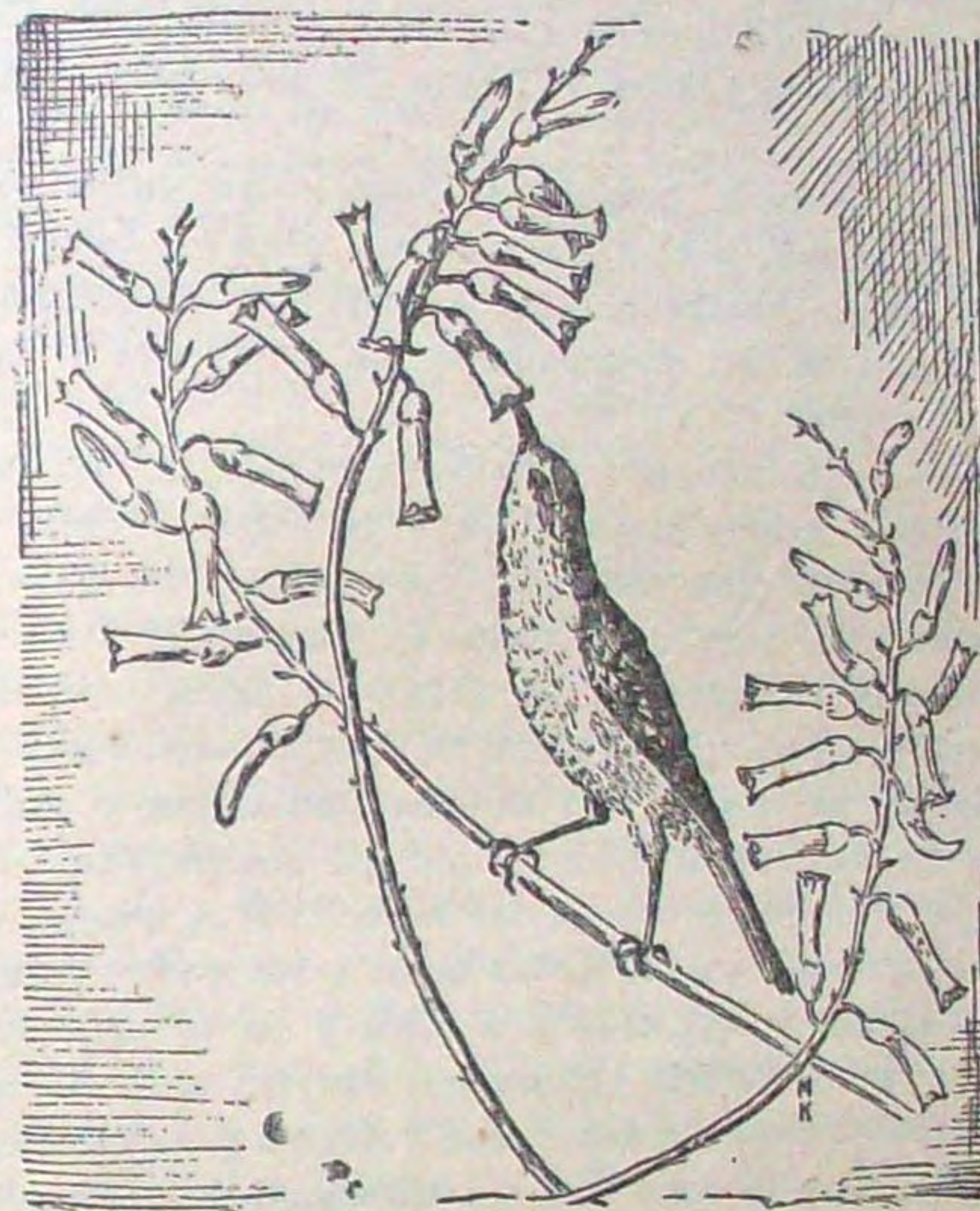
Hay poca constancia de que el macho entre en un período de eclipse o cambio de plumaje, como la hembra, en la esta-

ción correspondiente; lo encontramos de etiqueta el año entero, en la región de Ngong, por lo menos.

Estos pájaros seleccionan una variedad de posiciones para el nido, algunas bajas, otras altas: puede ser una rama elevada con una inclinación hacia el extremo, a un metro o metro y medio; puede ser en la rama exterior de un árbol con muchos brotes, a doce metros de altura; hasta puede ser en un árbol alto, de dieciséis metros, pero dondequiera que el nido esté situado, la construcción es la misma, aunque los materiales pueden ser diferentes. Si es en la región de Leleshwa, las flores aterciopeladas de esta campiña se trabajan en el esqueleto del nido y si las semillas pelusientas de las clemátides blancas están enteramente maduras pueden ser incorporadas muchas de éstas. El nido es semejante a una bolsa o bolsillo alargado, unido por un grueso pedículo a la rama que lo soporta, y con un porch sobre la entrada lateral superior. Aunque suspendido, no es libremente movable, porque la rama que lo sostiene está bien dentro del pedículo grueso, que es parte de la cima, y las delgadas hojas adjuntas son a menudo trabajadas dentro del cuerpo del nido. Los materiales son pastos y fibra de corteza entretejidos y una profusa cantidad de telaraña y también agrega desecho de vegetales. El porch está adornado con fibras y finas florecillas silvestres (desprovistas de semillas), colocadas de tal manera que la rama está dentro del cuerpo del nido y los extremos plumosos proyectan hacia afuera sobre la entrada. El umbral de entrada es levantado, engrosado y envuelto en telarañas. El forro interior es de pelusa vegetal bien apisonada; puede tener más de una pulgada de grosor en el fondo del nido.

El nido es realmente muy trabajado, aunque desprolijo, porque las hilachas se dejan con las puntas colgando sueltas, pero el trabajo de fondo está bien entretejido. La hembra trabaja sola. Es un trabajo de mucha paciencia y fatiga, llevando hasta dos o más semanas para construirse, y al final sostiene un solo huevo, porque ésa es la puesta normal. Raramente se encuentran dos. El único huevo se incuba y el pichón es cuidado por la hembra solamente. La madre permanece sobre los huevos desde el principio, bien honda en su confortable y mullido nido con el extremo de su pico justamente encima del borde de entrada. Si llega a oír algún ruido raro, levanta levemente la cabeza y mira al exterior. El macho ronda el sitio del nido alborotado y llama como lo hacía durante la construcción del mismo, pero no hace nada para asistir a su

compañera; nunca lo he visto llevarle alimento a la hembra que empollaba y sí que ella abandonaba el nido por un corto lapso dos o tres veces por día nada más que para comer algo. Pero aun entonces es perseguida y molestada por el macho y antes de que haya tenido tiempo de hacer una buena comida la corre de vuelta al nido.



La hembra incuba por catorce o quince días aproximadamente. El pichón recién nacido es marrón oscuro y pelado. El pico es corto y blando y la abertura está engrosada con almohadillas amarillas; crece en largo rápidamente, pero es aún muy corto cuando está listo para abandonar el nido, ya que al pequeñuelo hay que alimentarlo por mucho tiempo después de evacuar el nido. He observado algunos de los nidos desde un escondite y aunque el macho se había acercado a él, no se había aventurado a llegar hasta el mismo, aunque muchas veces se había perchado sobre el escondite. La hembra despliega una energía extraordinaria, llegándose hasta el nido cada pocos minutos. Ella le trae arañas y pequeñas larvas y néctar a los pichones. Cuando anda a la caza de insectos, vuela

de un árbol a otro, buscando entre las ramas y el follaje con ojos penetrantes. Se posa sobre una ramita y escudriña el follaje encima de ella, mueve su cabeza de arriba a abajo como si fuera a tirones, y si no puede alcanzar un insecto al estirarse para arriba, aletea debajo del follaje y se lanza sobre él. Las arañas generalmente son tomadas mientras el pájaro aletea frente a la tela. El néctar lo recoge de las flores punzando la base. Pocas veces está quieta, excepción hecha de cuando está sosteniéndose al frente del nido para dar de comer al pichón.

Al caer la tarde la hembra se posa sobre un arbusto, soleándose, limpiando y componiendo sus plumas. Luego que el sol se ha puesto vuelve al nido a empollar. El macho busca refugio debajo de una enramada en un árbol alto y descansa durante la noche.

Al pichón se le induce a abandonar el nido al décimosexto día. Él titubea mucho tiempo antes de saltar afuera, y sólo es capaz de volar una distancia muy corta. Los padres dan muestras de gran excitación hasta que logran llevarlo debajo de un arbusto o dentro de un árbol. El macho se inquieta, pero la madre se ocupa de alimentarlo. El pequeñuelo saluda la llegada de su madre con agudas llamaditas y agita sus alitas. Entre las comidas se limpia las plumas de las alas, quitando los canutos secos de las bases. Éstas crecen rápidamente y después de un día o dos sigue a su madre de un lado a otro, llamando y agitando sus alas, y es lo más que ella puede hacer para tenerlo satisfecho. Por fin aprende a picar las arañas de encima de las flores y hojas y sacar el néctar de las flores, sin embargo todavía molesta a la madre pidiéndole alimento. Llega el día en que tiene que defenderse solo, tal vez tres semanas después de su salida del nido, ya que sus padres están construyendo otro o reacondicionando el viejo.

Algunas veces esta hembrita infatigable tiene que hacer las veces de madre adoptiva ya que con no poca frecuencia el cuclillo de pecho blanco elige su nido y carga con un huevo de parásito a esta complaciente víctima del engaño.

V. G. L. VAN SOMEREN.

Traducción de Elena Fontenla.

LA EXALTACIÓN DE LA FLOR

Se defiende del panteísmo. No era panteísta; era habitante de la tierra, nacido en un lugar de La Rioja, donde vivió en la infancia, donde contempló, meditó y escribió en sus últimos años. Amó la tierra materna. Este amor trae al espíritu un mensaje cósmico: allí sintió la vida del universo. "La vida del universo es un poema interminable". Ese poema está concebido por la amorosa inteligencia. "Sólo la inteligencia es inmortal", nos dice. La tierra materna encierra una fisonomía. Nos da parte de la nuestra. Allí fué creciendo nuestra memoria, se establecieron correspondencias indestructibles. Esta tierra materna es una tierra de soledad, de montañas, de piedra. La piedra asoma, piedra múltiple, de cambiantes estructuras, formas y colores. La vida penetra en la piedra, hunde sus raíces. "Hay una compenetración íntima consustancial, entre el hombre y la piedra", afirma González. La substancia de la piedra participa en el hombre, es mediadora. La piedra y el hombre se han oído. El oído que percibe el ritmo, viajero de extensiones musicales, siente el secreto sideral en el interno lenguaje de la piedra, de la montaña nativa, lugar del espacio donde vive. En lo infinito hay un lugar donde vive esta piedra maternal. Hay divinidades de ese lugar; tienen nombres distintos del de las divinidades arcádicas: son las mismas en diversos sitios; el sitio, el más querido, el de la patria, uno nació allí, les presta su intimidad perseverante; "el universo se compenetra con la piedra", nos dice. Por esa piedra pasa a uno la corriente; uno también vive ese secreto cósmico. González descende más y oye que "extrañas y misteriosas voces le hablan desde el fondo de la tierra", voces universales se imantan en el lugar donde la tierra habla, en el centro delfico; lo delfico es centro del mundo; también la flor absorbe el perfume "del seno ignoto de la tierra".

Él sintió esa transmisión en el aroma. Mensaje que vuela en el viento para llamar al insecto vagabundo; al insecto guiado por los flúidos con su misteriosa antena. González también tenía esa antena, la amorosa inteligencia, viva y ávida; por ella participamos de lo eterno; la inteligencia se compenetra del número de la piedra, del árbol, del ser; por su inteligencia el hombre es mediador, guardián mayor de los seres de la tierra; no se lo crea soberbio, mira una hoja y estudia el

secreto de la causa creadora; viaja en las líneas de una flor, las acerca a la conveniencia perfecta, con los pies desnudos va a iniciarse en el misterio que ya no preocupa al abejorro, que impele al hombre a quien se le dió la dura preeminencia de guiarse a sí mismo.

González nació en esa tierra de divinidades locales, incas, maestras del arte y de la arcilla y de tradicional labor humana; sintió el guiño de las supersticiones; están allí unidas a las cosas, a un grito, a un vuelo; en la música de la tierra oyó que "en el acorde musical canta el alma de las generaciones anteriores", pasa por el que la ejecuta y la canta, agua perseverante por el cauce.

No es solamente el alma de las generaciones; "en la quena legendaria —afirma— se siente brotar lágrimas de las peñas y de los árboles centenarios y correr en silencio sobre el granito el llanto secular de la Niobe de Ovidio". ¿Por qué llora? Yo aparté mi oído con la pena de ese llanto. Lloro la hija que le robaron. Lloro lo perdido; nos lastima, y bajo el algarrobo, junto a la brea, en el gemido nocturno del ave, del peñasco, de la raíz seca de la selva talada, asciende el llanto interminable.

Este González, que pudo erigir un altar al hilo de agua que brota de la peña, que pudo orar en la gruta habitada por la ninfa, hablar al genio morador de la oquedad de una quebrada, no es politeísta, es socrático.

Vió la refracción de lo divino en el cambiante aspecto del mundo, en la indefinible amistad del pájaro o la hierba. Por eso dice con mente de indagador insigne: "En las matemáticas de las Ideas puras la suma de las perfecciones individuales distintas dan siempre I, porque este signo representa la belleza real, definitiva, inextensible, abstracta, que esbozó Platón, definió Plotino y ambos aspiraron".

La doctrina del amor, del camino por donde nos conduce, llevó a González a ser anunciador de la patria del amor, "definitiva e inmortal". "La soñaron —escribe— los místicos helenos, Platón y Plotino". Descubre también, con los místicos griegos y cristianos, los de la India. Trata de resolver el problema de las contradicciones y ve que ya está resuelto. La meditación en nuestra historia le hace descubrir la ley del odio: esta ley en parte pertenece a la naturaleza humana.

El amor se identifica con las simpatías y el sacrificio; querer para los demás, sentir con ellos. La construcción de la patria exige ese sacrificio; el olvido de lo que divide para

tenderse las manos en la obra de todos. Su prédica gira en torno del "no nos amamos porque no nos conocemos". Conocernos es amarnos, nos dice. ¿Dónde hemos de conocernos si abrimos falsos precipicios que nos apartan? En lo imperioso del amor a la patria; en la cara *deum tellus*, que repetía con insistencia cuando me hablaba de nuestra tierra común, querida de Dios. En la ciencia, en el arte, que son caminos "para llegar a ese estado de perfección, buscado por los filósofos antiguos", según nos dice.

El vió la filosofía, el propio conocimiento, en el ejemplar antiguo del sabio; la sabiduría transformante, la realización de un ideal moral, en uno mismo; la santidad interior, fuertemente influida por una metafísica poética, por la aspiración a la vida en contacto con el campo. Si el hombre se endurece con la edad, aunque nunca sea tarde para lograr la perfección del alma, el equilibrio, la templanza, la niñez puede ser iniciada en un limpio umbral, sin odios ni traidoras apetencias.

González descubrió desde temprano que "las generaciones infantiles son como las generaciones de las flores". Está ya preparado para escribir las deliciosas páginas de "El niño es divino". Quizás el niño, en su gracia floral, albergue ya fuerzas siniestras que fueron necesarias para defender la debilidad humana en siglos no tan remotos todavía; de pronto el egoísmo lo impele. Qué encanto delicado se desprende de su inocencia; prolongarla sería hacer renacer el mundo dorado, crear la Arcadia que enamoró a los filósofos y a los poetas; cuántos sentimientos generosos esperan la palabra que los fecunde, el secreto que los guíe y los fije. De allí el ideal del sabio antiguo; sabiduría dominadora de las pasiones, aplacadora del ímpetu obscuro, que descubre lo divino en la naturaleza humana y difunde en torno esa paz del alma que sabe medir los permanentes bienes. El afán voraginoso de las sensaciones suplantó el mundo de la razón geométrica penetrado por el espíritu. Los dos polos deben coexistir, y que la materia informe llegue a la estabilidad de la línea.

La aspiración al arcadismo se transformó en la nostalgia de la infancia. El niño, ser perfecto, se alzaba en el centro de un paraíso con su mirada colmada por los dones que la vida niega al hombre. Esta glorificación de la niñez llega a un apogeo poético. Nace unida en la mente de González a esta delicada corola que se abre en el aire desconocido, que se sorprende de sí misma y crea un halo de belleza que la circunda. Inocencia primero, nos lleva a un mundo que fué flor, a la naturaleza, flor continua, al brotar, en la armonía y ser

creadora glorificada. En una deliciosa estela arcaica, la diosa de la Tierra Deméter y su hija, la joven Perséfone, exaltan la flor, aurora de aromas y colores, que precede el mediodía del fruto, trabajada por artistas invisibles, oculta el secreto de la simiente, el anuncio y la transmisión de la vida en suavidad de sensible joya.

Ninguna mirada se detuvo sin asombro y recogimiento ante el milagro de la flor. El ciclo de González debía cerrarse con el huerto, jardín de filósofo y poeta en su tierra montañesa, en un huerto con rosas y granados. Las granadas entreabiertas, los nogales al pie de la cordillera, de hojas olorosas. ¿No conocía usted la fragancia de las hojas del nogal?, me preguntó. Y los ciruelos de ramas frágiles con la abundancia de frutos de un negror purpúreo. Los álamos, rugosos álamos mordidos por el tiempo, sonoros en el viento, amarillos en otoño; los gruesos troncos de añosas viñas, los pámpanos de las vides jóvenes, llenas de racimos y de hojas, turbulentas como Ménades embriagadas con el zumo demoníaco. El Velazco al frente, lejos; el hondo valle donde no se ha borrado la huella de los siglos. Tus indicios sigo, busco tus huellas, parecía decir González al paso esquivo del huésped de las soledades de arbustos y de piedra. Oye la noche, vuelve a la tierra, pone el oído en la colina para sentir su voz oculta, para encontrar en la tierra la hermandad que ha de conducirnos en el silencio imperturbable del viaje por las zonas estelares.

Ya González se había vuelto pitagórico y franciscano. Se es así cuando se nace en la región de la piedra y del cielo donde pasan las nubes como barcas que vienen de países remotos. Ya la ecuación adquiere sentido absoluto; el universo es musical; si se es cuerda, se ajusta a la vibración de los espacios. Y el hombre, ya desasido, oye. Oye su alma y oye el mundo en los cielos de La Rioja, del valle del Famatina, de un indecible esplendor. ¿Por qué si se nació allí exigir que no se le mencione, si en la noche lo envuelve todo, si es presencia y signo variable el cielo? Cae de ese vivo destellar de diamantes una luz que ciega, que aniquila. ¿Habla acaso una rama? La tierra oscura se asoma y no se sabe ya lo que se quiere o se puede. Acaso esa "alma de la tierra nativa", que González evoca, esté hablando en un idioma que sólo el amor entiende. Después del largo viaje, del viaje bello y sin reposo, se siente soledad de la tierra nativa, del árbol y del pájaro. Ya la mirada más limpia ve claro en las cosas simples; la rama del arbusto espinoso que nos detiene puede

decir palabras quejasas o aconsejarnos o aconsejarse. Sus raíces viven allí hundidas en la roca, en la arenisca, en el barranco, junto a la torrentera seca; sintió bramar el agua de las avenidas de la montaña, vivió en la paz de los días serenos, padeció la sed y se regocijó con la lluvia. Unas cuantas ramillas secas son el vestigio de un nido. Cuántas flores amarillas y aromadas dicen, en su hora, que aún el mundo existe. La tierra, ruinas. ¿Para quién fué creado lo que cae y se deshace, lo vence la destrucción incesante? ¿Para quién busca una huella? Abejillas oscuras se arraciman en este ramo de oro de la retama silvestre. Hay miel en los alvéolos. La miel de la hendedura de los viejos troncos. También la hay en los alvéolos de la prosa de González, predicador del amor en su grandeza cósmica, en su silencio de hogar, en la abnegación por la patria, en la unión de los vivos con los muertos, con las generaciones futuras que se detendrán a leer la inscripción de un amante de la tierra y del espíritu que vió en la flor la sonrisa del niño y el presentimiento de una aparición milagrosa.

Siempre el alma esclarecida espera un nuevo siglo, el siglo de oro, una época en que todo se ennoblece y fraterniza y se presta el oído a la voz de la ráfaga y de la rama, del agua o de la rosa, del espacio y de la gruta. Asoma este latido que llamaremos poético. Cuando se atraen las partículas y se coloran en los cristales, una fuerza poética las junta, aritmética oculta. González se acercó a oír esta palabra, a indagar lo que dice la hoja de la verbena silvestre o el brote donde se anuncian la flor y el racimo. La isla universal del espíritu nos pertenece en nuestra jerarquía humana; fué descubierta por la ley del ritmo; no obedece a las contingencias; está en la verdad y en el amor abnegado, que participa de su fuente primera, da permanencia a la familia, cimiento a la patria, justicia a la acción, responsabilidad ante sí mismo al hombre, integra la idea con el acto; no separa la obra de la idea. Si ese amor no penetra en todos los órdenes de las cosas, se mira el mundo como despojo ofrecido a la fuerza.

González siente ya el culto del jardín y la familia, de la flor y del niño.

El amante de las flores, de la flor en la rama, unida a la raíz que secretamente trabaja para que viva en la luz, en su gracia viva, va por un escondido camino de perfección; está cerca del latido fraternal de la tierra. Junta las flores a los niños, los niños a los pájaros, al nido sin temores en el follaje, crea una imagen de existencia bienaventurada.